

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Adolescencia, militancia y exilio. Procesos de reconfiguración identitaria.

Korinfeld, Daniel (UNLa).

Cita:

Korinfeld, Daniel (UNLa). (2007). *Adolescencia, militancia y exilio. Procesos de reconfiguración identitaria. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/766>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Tucumán, 19 al 21 de Septiembre de 2007
MESA 83: Historia y memoria de los exilios latinoamericanos y españoles en el siglo XX

Autor: Daniel Korinfeld

Institución: Maestría en Salud Mental Comunitaria. Universidad Nacional de Lanús, UNLa. Centro de Estudios Multidisciplinarios, cem.

Domicilio: Sánchez de Bustamante 1695 1° C, 1427. Ciudad de Buenos Aires.

Teléfono – Fax: (11) 4551-6764

Dirección electrónica: dankorin@arnet.com.ar

Título: Adolescencia, militancia y exilio. Procesos de reconfiguración identitaria.

El exilio no se presenta solo bajo la forma de una experiencia concreta, exterior, de una patria perdida, sino también como vivencia de una patria interior que hemos perdido y que volvemos a buscar desesperadamente

(Borgna, 1996:54).

Adolescencia, militancia y exilio, son condiciones-situaciones que ponen en juego procesos subjetivos que vamos a intentar poner en relación. La tesis de maestría: *Adolescentes en situación de exilio político. Argentina 1975-1984. Una exploración de experiencias subjetivas,*¹ base de este trabajo, indaga diversos registros de la experiencia subjetiva de un grupo de adolescentes, que en los años 1975, 1976 y 1977, tenían entre 15 y 20 años de edad, integrantes de agrupaciones y organizaciones revolucionarias, quienes partieron al exilio. Registro -a posteriori- de la experiencia subjetiva a partir de las voces de los adultos que desde la actualidad reconstruyen y construyen esa historia. Relatos sobre los tiempos previos al exilio, la actividad política, los avatares de su salida del país, la llegada a sus primeros lugares y distintas vivencias del tiempo exiliar, hasta la decisión de volver a la Argentina o permanecer en sus nuevos lugares de residencia. Un itinerario que ha indagado los procesos de configuración identitarios allí implicados, entramado en los tiempos y procesos psíquicos de la adolescencia, las situaciones de persecución, el atravesamiento de la crisis y la ruptura con la militancia –su campo de sentidos-, las relaciones con los padres, la salida del país y las conmociones subjetivas de la experiencia exiliar.

¹¹ Maestría en Salud Mental Comunitaria. Universidad Nacional de Lanús, UNLa. Directora: Dra. Graciela Frigerio. Presentada en mayo de 2007.

En esta presentación pondremos en relación la condición adolescente de los sujetos, en tanto proceso de reconfiguración identitaria, con el proceso de subjetivación implicado en la militancia revolucionaria, pensada como campo de relaciones intersubjetivas, trama de identificaciones, conjunto de prácticas, que les proporcionaban a los sujetos modos de reconfigurar sus identificaciones constitutivas.

Situaremos tres tiempos, el tiempo de la militancia –tiempo de la incorporación al cuerpo común y de cierta ruptura con el orden social y familiar- y el tiempo de la “desincorporación” de las organizaciones y el tiempo de la conmoción del exilio. Siguiendo los relatos de los sujetos, puntuaremos el registro de las metáforas y referencias al cuerpo.

Adolescencia y juventud

En el marco del exilio político recortamos un grupo etario,² los adolescentes que partieron del país y que, en los años 1975, 1976 y 1977, tenían entre quince y veinte años de edad. Jóvenes que realizaban actividades políticas, con militancias tan intensas como breves -ya que en muchos casos, por su edad y por las propias características del proceso político, se habían incorporado recientemente a esa experiencia-, quienes partieron impulsados por la violencia de las situaciones que estaban viviendo.

En las filas de ese nuevo actor social llamado juventud, aquellos adolescentes de trece, quince, dieciocho años, vivieron la lucha y el conflicto por el derecho a la libertad de expresión, la experiencia de las representaciones gremiales y estudiantiles y la acción política revolucionaria. Esa participación, esas luchas de sujetos en pleno desarrollo y apertura al mundo adulto, al que rechazaban, exploraron todas las formas, incluso las más extremas en las que la violencia se entronizó, acorde con la idea, de alta pregnancia en la época, que sostenía que la violencia era una modalidad tan válida como inevitable para realizar una transformación y revolución social total.

² La elección del universo objeto de nuestro estudio reanuda una tarea testimonial recopilada en el libro “Los chicos del exilio. Argentina (1975-1984)”, testimonios que han sido incluidos en la investigación; los entrevistados eran adolescentes, militantes políticos, que en la década del setenta tenían entre 15 y 20 años. Las entrevistas fueron orientadas hacia el relato de la militancia en los tiempos previos a la partida y en torno a los avatares por los que transcurrieron sus exilios. La mayoría de quienes brindan sus testimonios pertenecían un sector social de clase media, media alta, por lo que expectativas, posibilidades y redes sociales, incluso a la distancia, habrán sido condiciones favorables y facilitadoras en el terreno tanto material como simbólico, lo que no determina las tonalidades e intensidades emocionales de la experiencia. Del mismo modo, las diferencias de los países de acogida con sus respectivos contextos históricos son relevantes, aunque no es posible despejar lo subjetivo de las condiciones existenciales que ofrece el entorno.

No es nuestra perspectiva la que define la adolescencia únicamente a partir de la ausencia de ciertas condiciones, o la incapacidad del sujeto, o pensar al joven como “puro proyecto”. Las características de cada tiempo del devenir subjetivo, aún en sus fragilidades, debe ser reconocido en su plenitud relativa, no en términos de carencias, o insuficiencias, esta otra perspectiva del adolescente como persona en condición particular de desarrollo lleva a otra mirada posible sobre su particularidad y singularidad.

Hablar de adolescencia no deja de ser una suerte de homogeneidad abstracta que, encarnada, plantea diferencias de subjetividad hasta lo singular del uno por uno. Sostendremos un registro de lo universal para hablar de una etapa vital cuyas características y modalidades son dinámicamente construidas en clave histórico social. Esa suerte de universalidad permite situar una etapa de la vida con atributos de diversas y dispares significaciones, valores y duración temporal según cada cultura, cada sociedad, particularidades del momento histórico. Al mismo tiempo, es necesario instaurar el plural de la diversidad de experiencias adolescentes.

Podemos considerar a la adolescencia, entonces, como un tiempo entre la infancia y la adultez, durante el que se completa la madurez biológica, se juega el proceso identificador y se marcha en el sentido de lograr autonomía del espacio en el que se inscribieron las primeras marcas de identidad.

Las identificaciones que operaron adecuadamente para el niño no son adecuadas para la nueva etapa, en la cual una nueva serie de identificaciones se inicia para el sujeto. Se pondrá en juego la renuncia a sus primeros objetos de amor, una ruptura con las formas de vida de la niñez; el niño, en su mutación en joven que se ha de diferenciar y separar de sus padres, debe construir escenarios propios donde configurar una forma singular de ser, de estar con los otros y consigo mismo.

El conjunto de identificaciones constitutivas va a configurar una trama nueva en función de los trayectos, relaciones e identificaciones con el entorno. La trama identificatoria de la infancia habrá de ser desmontada y reeditada en un proceso de transformación que conserva, combina y agrega rasgos.

Es decir, se ponen en marcha procesos desidentificatorios que el púber tiene que atravesar para lograr su identidad. El concepto de identidad, tal como lo estamos planteando y como referíamos más arriba, tiene un carácter multidimensional, rasgos identitarios combinados que no son fijos ni inmutables y que están articulados al contexto del sujeto (Frigerio, G., 2004); un concepto que sostiene la tensión entre

permanencias y cambios, rasgos que estructuran, coordinadas identificatorias entrecruzadas en el devenir vital del sujeto que lo reconfiguran de manera constante.

Distintos autores han señalado cómo se anudan la vida y la muerte en el proceso adolescente (Freud, S.; Winnicott, D.; Leclaire, S.),³ la muerte del niño maravilloso de la mirada materna. Dolto (1990), a su vez, trabaja la figura del segundo nacimiento, aquello que debe morir para dar lugar a lo nuevo, de modo de dar cuenta del lugar que tiene la noción de pérdida en el proceso de mutación.

El concepto de duelo es el que va a permitir aprehender el proceso psíquico en juego. El duelo para Freud (1917) es la reacción a la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente: la patria, la libertad, el ideal. La aflicción intensa, la reacción a la pérdida de un ser amado, integra un doloroso estado de ánimo: la cesación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad para elegir un nuevo objeto amoroso y el alejamiento de toda función no relacionada con la memoria del ser querido. Esta inhibición y restricción del yo es la expresión de su entrega total a la aflicción. El sujeto debe romper sus lazos libidinales con el objeto perdido, pero sabemos que el hombre no abandona gustoso ninguna posición libidinal, punto de partida de las formas patológicas del duelo.

Anotemos que la referencia freudiana extiende la pertinencia del concepto de duelo a pérdidas del orden de los ideales y los valores, algo que en nuestro estudio adquiere una relevancia singular. Aquello libidinizado cumple funciones fundamentales en la vida psíquica de los sujetos. Cuando el objeto libidinizado es del orden ideativo, utópico, la trama grupal que comparte el ideario refuerza y realimenta permanentemente esa elección. La amenaza de pérdida de sentido afecta el lazo social que lo sostiene con el correspondiente sentimiento de fragilidad y amenaza identitaria.

En todo rompecabezas identificatorio, el sujeto ha de contar con la presencia del otro que lo sostiene. La familia – o referentes que se desempeñen en esa posición– funciona como un espacio garante para las identificaciones del niño, identificaciones que serán soporte de los ideales que al sujeto adolescente le han de permitir el distanciamiento del espacio libidinal de la familia para ir crecientemente en búsqueda de identificaciones en el otro social, el mundo de lo extrafamiliar.

³ Winnicott, D., *Realidad y juego*; Leclaire, S., *Matar a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte*.

Ese movimiento del adolescente implica atravesar ciertas marcas. El trayecto del adolescente se configura, precisamente, a costa de desmarcarse. La pujanza pulsional se expresa de disímiles maneras, pero en clara distinción de la etapa que supo denominarse latencia; lo real de la potencialidad de la procreación sexual divide ambos tiempos: niñez y adolescencia.

El joven habrá de configurar un repertorio de identificaciones nuevas. Las identificaciones primeras organizadas en torno a las figuras parentales han de ser reestructuradas. Las nuevas identificaciones diferenciadas de las de la infancia, aun cuando aquellas no sean totalmente desechadas, han de tener otro grado de complejidad y nuevas figuras de soporte. Las referencias horizontales, los grupos de pares pasan a jugar una función relevante en este proceso.

En esa suerte de repliegue, el adolescente es capaz de incrementar procesos de intelectualización que llevan a la preocupación por principios éticos, filosóficos, sociales, en mayor o menor sintonía con el contexto social. Estos intereses no pocas veces contrastan con los valores e ideas de su entorno y otras veces llegan a sostenerse en programas o propuestas de transformación y acción social, estética, cultural o política, que se potencian frente a una superficie social y cultural propicia. En esa misma línea, la tendencia a la grupalidad del adolescente permite construir espacios de identidad y sostén en el proceso de autonomización. En ese tiempo de abandono de lo viejo, de rechazo de las ofertas parentales y apertura hacia lo nuevo y lo distinto, el adolescente transita las tensiones de ese conflicto y vive las problemáticas de las relaciones entre pares, los liderazgos, alianzas, traiciones y otros fenómenos que ocurren en la vida de los grupos. La sobreidentificación masiva entre los integrantes de los grupos opera como un sustituto identitario, otorgando un fuerte sentido de pertenencia.

Sostenido en ese espacio grupal, actuar, es para el adolescente exploración de sus capacidades y de sus límites y del entorno, huida hacia adelante, impostura en cierta forma que lo lanza a la conquista y transformación de las cosas, procesos que no carecen de riesgos de destrucción y de daños.

Que los jóvenes figuren siempre en primera línea de las rebeliones y las revoluciones, como escriben Levi y Schmitt,⁴ nos indica que el tiempo trascendente de inserción social está incardinado con la formación y transformación de cada sujeto. Rebeliones y revoluciones, crisis, territorios inestables, espacio de potencias y de

⁴ Levi, G.; Schmitt, J. C., *Historia de los jóvenes. De la antigüedad a la edad moderna* (1996:12).

oportunidades; se trata de la aventura de la salida a un mundo que en ciertos contextos se percibe maleable y por ser construido o reconstruido al tiempo que los sujetos se construyen a sí mismos.

Transformar, transformarse, actuar.

En ruptura con ciertas tradiciones, la cultura juvenil de masas de las décadas del sesenta y setenta se inclinaron a formas de denuncia social, cuestionamientos estructurales, críticas de comportamientos y costumbres, dando lugar a lo que Casullo (2001:209) menciona como un proyecto político popular generacional.

La cultura juvenil se iba constituyendo alrededor de una crítica general al sistema (Cattaruzza, A., 1997). Cattaruzza, en su análisis, describe ciertos elementos presentes en esa sensibilidad juvenil en configuración. Por una parte, postula que aun cuando no se trataba del universo del grupo etario comprendido en la frágil categoría de juventud, ciertas significaciones dominantes ordenaban, teñían la sensibilidad política, social y estética de la época, por otra parte, el modo de organizar el mundo que se debía transformar perentoriamente no tenía más que dos polos ante los cuales sólo se debía tomar posición: sistema - antisistema, imperialismo versus movimientos de liberación, explotadores y explotados, y así una serie de opuestos que requerían de urgentes definiciones para los sujetos que esta vez habían decidido dejar de interpretar la historia para comenzar a transformarla, según la celebre frase de Marx que por aquellas épocas era posible encontrar en pósters en las librerías de la avenida Corrientes en la ciudad de Buenos Aires.

Estas series binarias que mencionamos, en sintonía con un mundo dividido en dos bloques contrapuestos, demandaban a los sujetos y grupos ese tercer elemento central que es el de la acción para su transformación. La idea de la acción, tal vez reactiva a ciertas tradiciones de izquierda, es un dato que será significativo con relación a los destinos de la crítica sociocultural puesta en la arena de la política dominada por el poder de las fuerzas armadas. Es, a su vez, la disposición a la acción, un elemento clave que entrecruza aspectos de la época con rasgos e imperativos que caracterizan ciertos tiempos subjetivos en el proceso del abandono de la infancia. La acción será, para el sujeto adolescente, uno de los modos de medida y tensión entre el mundo y su cuerpo en mutación. “La acción” será máximo compromiso en la transformación del sí mismo y hacia el conjunto social, expresión cabal de una voluntad emancipatoria.

Militar

Proponemos pensar la militancia en los grupos revolucionarios de la década del setenta como consistiendo en un trayecto vital, un campo de relaciones intersubjetivas, una trama de identificaciones, una serie de prácticas, un espacio de ideas, argumentos, racionalizaciones, creencias, modos de análisis, rituales, que les proporcionaban a los sujetos la posibilidad de reconfigurar sus identificaciones constitutivas.

Tiempo, espacio y oferta bien dispuesta para producir los fenómenos desidentificatorios que el púber tiene que atravesar para conformar su identidad, proceso que nombramos como la tarea de desmontar y reeditar la trama identificatoria de la infancia en una alquimia de conservación, combinación y agregación de rasgos del Otro.

Podemos relacionar los procesos de reconfiguración identitaria que se producen en la adolescencia con los procesos de transformación ideológica de los militantes propuestos por las organizaciones. Observamos ciertas analogías en la secuencia de abandono – pérdida - muerte de determinadas identificaciones establecidas, es decir, un proceso desidentificatorio que se dirige hacia una gradual reconfiguración; nuevas identificaciones, nacimiento subjetivo, virtual autonomía del sujeto, ligazón a una causa colectiva que lo sujeta, reconstitución del sistema de ideales, valores y creencias, intensificación de los procesos de racionalización e intelectualización en simultáneo a la activación de procesos afectivos asociados al nuevo campo de ideas y sostenidos en el grupo. Grupo de pares - aunque operen jerarquías formales e informales- que, sabemos, es soporte y referencia relevante en el proceso adolescente.

En la transformación del sujeto implícita y explícita en el programa militante, el llamado a la acción – y la acción tenía distintos grados hasta el ejercicio de la violencia-, se convertía en un imán político, un indudable polo de atracción para muchos jóvenes, y probablemente haya sido uno de los aspectos que diferenciaba a los grupos revolucionarios político militares de los partidos de izquierda tradicionales.

Las identificaciones, rasgos y emblemas que estaban constituyendo subjetivamente a estos jóvenes entraban en múltiples conflictos, por una parte con la propia actividad militante en su espiral de violencia, transgresión e ilegalidad (Calveiro; 2005:178), actividad idealizada que los había seducido, pero que al mismo tiempo, en algunos aspectos, no dejaba de plantearles distintos niveles y grados de conflicto con sus formaciones y con el propio ideario humanista que había entramado las ideologías

revolucionarias y de izquierda y había sido el suelo previo a la radicalización de las posiciones.

Rasgos e identificaciones, período de mutación, en el que la generación precedente quedaba asociada a la política conservadora, pseudo progresista o reformista.

Indagando la historia de los grupos rebeldes anticolonialistas en Latinoamérica, los socialistas revolucionarios de la Rusia zarista, el discurso guevarista y la guerrilla sesentista y setentista, Sergio Bufano (2003:14) encuentra en la expresión “la vida plena” la fascinación de una vida militante que, centrada en la acción guerrillera, enlaza vida y muerte construyendo una subjetividad exaltada, intensa, épica, romántica, altruista, voluntarista y sacrificial; voluptuosidad y sensualidad puestas en la acción que intensifica los vínculos de pares como vínculos fraternos sostenidos en el continuo afrontamiento del riesgo máximo. Exaltación narcisista que, como referimos antes, enlaza el sentimiento de protagonismo en la transformación de la historia con un “nosotros” y por un “ellos” por quienes se lucha.

La vida plena, contracara de la vida ordinaria de las mayorías. Intensidad y multiplicación de tonalidades contrapuestas al tono gris y a lo inercial de lo cotidiano ordinario. Microclima del militante guerrillero en un contexto de ascenso de la lucha social que, en el caso de Argentina, cambia radicalmente promediando la década del setenta. En sintonía con estas descripciones, Páez Rovira (1982:35) sostiene que las organizaciones de masas que se transforman en pequeñas organizaciones centradas en el reclutamiento y reproducción de la ideología, en el marco de la persecución y la actividad clandestina, instauran “un ambiente psicosocial religioso milenarista”, en una atmósfera de martirologio y sacrificio, desde donde anuncian la llegada de un nuevo período de cambio social.

Esa “vida plena” como tonalidad de la experiencia subjetiva irá virando, en un contexto de derrota, de la sensualidad de la acción a la anestesia y la rutinización, la culpa se desliza y puede fijarse como pilar del compromiso; proceso entramado en la disolución de la lógica política, uno de sus efectos es la recurrencia de comportamientos y conductas autodestructivas.

Los cuerpos. Las voces.

Esposito (2006:11) sostiene que cuando Nietzsche no pone en el centro de las dinámicas interhumanas la conciencia sino al cuerpo mismo de los individuos, hace de la vida el único sujeto y objeto de la política. Es esa la línea de Foucault (1992:114) que

busca descentrar el privilegio de la ideología respecto de la eficacia del poder. Es el cuerpo la sede de afectación de los sujetos, por el que se capilariza el poder y que produce efectos al nivel del deseo, no es extraño entonces que un programa que se pretende revolucionario y emancipador opere en el mismo sentido. Ni que en el relato de las experiencias pasadas insistan las referencias al cuerpo y ocupen un lugar significativo, en tanto marcas de las pérdidas, los cambios, las vivencias.

Las instituciones funcionan como un espacio garante para las identificaciones de los sujetos. Las metáforas corporales con las que se las adjetiva pueden explicarnos lo que implica el acto de incorporación - suficientemente ritualizado en el caso de las organizaciones revolucionarias- a la agrupación-partido-organización-ejército-frente. Imaginario de un cuerpo común, integrado, articulado, compuesto por cada uno de los sujetos que allí cumplen una función. Ser incorporado-incorporarse abre una dimensión singular que puede constituirse en un tiempo decisivo en la vida del sujeto. Implica la invitación a comenzar un proceso de reconfiguración identitaria y subjetiva y la activación de procesos afectivos sostenidos colectivamente en ideas, prácticas, mitos y rituales. La incorporación conlleva una invitación a profundizar un proceso de ruptura, en el que se han de dejar atrás viejas ataduras, prejuicios, valores y creencias y sobre todo temores; bajo el riesgo siempre presente de un retroceso, una regresión, debilitamiento del yo en mutación, fragilidad que amenaza con la defección y entonces el riesgo de “fundirse”, “quebrarse”, abandonar, desertar. Vigilar ese proceso es tarea de cada uno y de todos; el grupo, tanto desde los pares como desde las diferentes instancias jerárquicas (antes que tal o cual jerarquía o grado militar son “responsables”) han de velar por la adecuada marcha del proceso de transformación subjetiva.

De algún modo, incorporarse invita a transformarse, a diferenciarse y a realizar una separación de los vínculos primarios, implica una actividad psíquica de desprendimiento, la activación de procesos de racionalización, intelectualización, de aislamiento de determinados aspectos afectivos, axiológicos, en general ideológicos que no concuerden con el ideario a compartir. En ese sentido, y en el caso de los adolescentes, implica un proceso de autonomía al mismo tiempo que se constituyen nuevas formas de sujetamiento. Mundo extrafamiliar por excelencia, en tanto dedicado por entero a lo social y al mismo tiempo intensamente endogámico. El acercamiento y el deseo de incorporación, en muchos casos, entramaban distintos grados de adhesión ideológica o política con intereses y apetencias afectivas y sexuales. Como en toda institución, existe un orden y una regulación sobre los cuerpos de sus miembros; a

medida que las organizaciones fueron precisando y cerrando su funcionamiento, las regulaciones sobre la vida de sus integrantes fue más dirigida y ciertamente más rígida, acorde con los principios de lo que se daba en llamar “moral revolucionaria”.⁵ Incorporarse a una organización, ser miembro de un cuerpo común, cambia a ese cuerpo, lo reconfigura. Comenzar a ser “otro”, un proletario, un combatiente, un hombre nuevo, estaba en el programa de la vida cotidiana de los militantes, una práctica que implicaba el conjunto de sus acciones o las ubicaba en relación con ese punto de referencia.⁶

Al narrar las vivencias de los últimos tiempos de militancia en el país Ana, una de las entrevistadas, relata:

*"Desde hacía dos años que yo sentía constantemente la persecución...
... Era una presión constante en cada lugar que ibas... (...) Uno salía y veía a la policía rodeando lugares; el ejército más que la policía...
... pero era extremadamente violento y a la vez tenía esa parte de fascinación. Esa era parte de la cosa, estábamos totalmente fascinados y como atraídos, imantados... El miedo también produce eso. El displacer también. Es como la sensación de pánico real, por la persecución y todo eso, que crea ese... atractivo que te estimula a seguir".*

*"Rápidamente se puso todo muy violento, al nivel de, me acuerdo, la policía con caballos revisando la escuela. Yo iba al Liceo X... de repente te encontrabas con los policías en el baño, era bastante violento.
No era simplemente miedo a que te agarren porque eras militante; sabías que caías en sus manos y eras inmediatamente un objeto.*

(Entrevista a Ana H., Buenos Aires, 2004.)

Marina, lo recuerda del siguiente modo:

"Un desastre, desastre absoluto en todos los sentidos, pero era esa vida loca que vivíamos entonces parecía como normal. (...)... aquí qué estoy haciendo, la sensación fue de desmoronamiento total, sobre todo porque estaba en una situación que no era, en un barrio donde no tenía nada que yo no controlaba nada ni tenía nada que ver ni conocía a nadie, era la cosa militante que seguía siendo una labor pero no sentía que estaba haciendo nada importante, como que ahí ya dejó de tener importancia la estructura, ya no existía nada, no había

⁵ Como ejemplo, “la pareja revolucionaria”, implicaba una moral sexual monogámica y heterosexual, que cuidaba y preparaba a esos cuerpos para la acción político y militar.

⁶ La idea de la perspectiva revolucionaria abarcando la vida cotidiana y la intimidad de los militantes no es fácil de concebir desde el presente en el que ese horizonte está cuestionado y se imponen la lógica individual y la preeminencia del ámbito familiar por sobre lo colectivo. Resulta sin embargo interesante mantener la interrogación de las condiciones y modalidades que la política puede imponer –con los riesgos que implica– en un contexto en el que la revolución se consideraba posible

referente, aunque tuve que dar explicaciones y explicar mirá me voy porque me voy, todavía tenía a quién rendirle cuentas pero no era importante..."
(Entrevista a Marina. Sh., Madrid, 2005.)

Gabriel, repasa el inventario de una serie de signos que le funcionaron como advertencias, situaciones de riesgo que refiere humorísticamente: "*Y... se empiezan a suceder una serie de eventos cercanos, encuentros cercanos con la muerte (risa)..."*
(Entrevista a Gabriel Sh., Buenos Aires, 2005.)

Así describe Miguel la situación de desorganización producto de las detenciones, los secuestros, desapariciones y asesinatos, análoga a los relatos precedentes, y agrega un elemento, que es la noción del desertor sujeto a "juicio revolucionario".

"... estábamos todos muy descolgados porque había caído gente, yo estaba en la JUP,⁷ en la universidad, y entonces creo que estábamos todos muy descolgados, la facultad a lo mejor estaba cerrada, no me acuerdo, creo y recuerdo haber ido a la facultad y entrar con miedo y que estaban los canas e incluso haber volateado seguramente; recuerdo una charla con alguien que era mi responsable en ese momento, caminando por Santa Fe y Callao, que esto fue ya posterior porque recuerdo que le dije que me iba y que dijo que antes de irme me tenían que hacer juicio revolucionario, que me presentara..."

En ese momento creo que seguía viendo gente y gente que te intentaba convencer de que no te fueras... yo creo que lo vi a D., recuerdo haberla visto a R. (ambos compañeros de escuela secundaria y militantes) con alguien más y ella me miró con cara de desprecio porque ya sabía que me iba..."
(Entrevista a Miguel O., Buenos Aires, 2006.)

A las dificultades para decidir el distanciamiento o interrupción de la actividad militante, que surgen de los relatos de cada uno, es necesario incluir la idea de una sanción para los que abandonan; ya no se trata sólo de la presión moral, el compromiso con el proyecto, con los compañeros caídos y con los que continúan la lucha, sino la amenaza de un presunto juicio revolucionario. A medida que avanzaba la militarización de algunas organizaciones, la disciplina interna se rigidizaba, y dispositivos de sanción, autocrítica, juicio y evaluación del proceso de los militantes comenzaron a ser habituales. Adriana Robles, en su libro testimonial *Perejiles, los otros Montoneros*, relata cómo, hacia mediados de 1975, se le realiza un primer juicio político por ciertos cuestionamientos que había realizado; habiendo estado "detenida" quince días en la casa de un compañero, logra la salida de ese encierro al formular una "autocrítica" de sus posiciones (2004:76).

⁷ Sigla de la Juventud Universitaria Peronista, una agrupación estudiantil adscrita de la organización Montoneros.

A partir de 1976, en las organizaciones armadas y sus agrupaciones, se acentuó una lógica binaria, amigo-enemigo, revolucionario-contra revolucionario.⁸ Desde la conducción de Montoneros (Calveiro, 2005:172) se promovió el fusilamiento de militantes que fueran o se supusieran traidores; insubordinación y conspiración figuraban entre otras faltas que incluían el abandono de la organización.

Aunque en el recuerdo de Miguel no parece haber funcionado como un elemento de amenaza efectiva, tal vez porque no tenía un alto nivel de responsabilidad, sí aparece como una forma clara de presión y degradación, al mismo tiempo que funciona como una clara señal para el conjunto de los militantes.

La figura del exiliado que aquí se proyecta es la del desertor, quien arrastrará, presuntamente, miradas de decepción y de desprecio ante su actitud de ponerse a salvo abandonando su puesto de lucha. La sospecha y la idea de traición forman parte de esa figura que va entramada en la noción del “quebrado”. El abandono de la tierra estará ligado al abandono de la lucha; es éste un prisma a través del cual es posible mirar el modo en el que se han de configurar las pérdidas para cada sujeto. Mundo perdido al traspasar la frontera.

Las dudas y vacilaciones, que el miedo más o menos entramado con la evaluación política de la etapa producía, atacaban ese “nosotros” conquistado. Espacio de socialización intensamente moral y de despliegue subjetivo para aquellos adolescentes, que se encontraban, en el caso de los entrevistados, en el último año de secundaria o recientemente egresados, algunos de ellos en plena etapa de proletarización.⁹

El “desborde”, el “descuelgue”, el “desmoronamiento” parecen ser vivencias que anuncian el “desenlace” de los sujetos con ese “nosotros” unificante. Se abre un campo imaginario individual de señales e indicios que habrán orientado a algunos de los sujetos, tal como lo recuerdan, en ese tiempo que refieren como oscuro e incierto,

⁸ En sus coincidencias y diferencias resulta muy interesante el texto de Vera Carnovale, “El concepto del enemigo en el PRT-ERP”, en *Lucha Armada*, Año 1, N° 1, Buenos Aires, diciembre de 2003.

⁹ Lo que se daba en llamar proceso de proletarización era, para los militantes de extracción social media o alta, la indicación para insertarse en fábricas y talleres y compartir la vida con los sectores populares. Como hemos señalado, la orientación en las decisiones de la vida de los militantes tenía que ver fundamentalmente con esa suerte de reconstrucción subjetiva que mencionamos; la idea del Hombre Nuevo; el militante revolucionario debería poder despojarse de sus hábitos, formas de vida, perspectivas vitales y debilidades pequeño-burguesas. El modelo más o menos guevarista o cristiano del revolucionario debía abreviar en la vida del pueblo para lograr refundar su nueva y verdadera identidad.

vigencia del individuo y de sus referentes afectivos cercanos. Percibían la derrota en ciernes y el sentido de la causa se deslizaba desde la marcha y la eficacia de una política hacia la deuda moral y la culpa para con los compañeros caídos. Las figuras del quebrado y del desertor no alcanzaron en estos casos a detener la ruptura mínima que requería partir al exilio. Es en la trama de las relaciones familiares, los amigos, la pareja y los compañeros –individualmente- que parece haberse definido en cada caso el *irse*.

Quebrarse.

El siguiente fragmento de la narración de Ana refiere la necesidad de una suerte de “autorización” para salir del país, un aspecto que de modos distintos encontramos en otros testimonios de ex militantes que partieron al exilio.

"Fue algo así como de la noche a la mañana. Al principio yo dudaba... Pensaba si me quería ir, que era todo un caos, ya sentía que no veía la manera de modificar la situación (...) Y entonces hablábamos de ese tema de si nos quedábamos o nos íbamos y él quería quedarse.

Yo me quedé hasta el momento que desapareció él y su hermano... y que yo no sé (se me hizo una traba) si ellos estuvieron en la ESMA,¹⁰ o si fue en otro campo. Me parece que sí. Llamaron de la ESMA o de otro campo de concentración para decirme que me vaya, si no me iban a venir a buscar. No sé si hablaron con mi mamá o mi papá o con la señora que trabajaba en casa conmigo no, pero ellos llamaron al día siguiente, o no... me equivoco. Llamaron a su propia casa, a la casa de los padres que le dijeron que me digan a mí que me vaya porque me iban a venir a buscar. Bueno, y creo que sus papás se pusieron en contacto con los míos y bueno...

Yo ya me quería ir ahí, era como que... Cómo decirte, fue como una cierta autorización de alguna manera...

(...) Inmediatamente me fui. No sé si a los dos o tres días... Lo que tardó sacar el billete de avión... "

(Entrevista a Ana H., Buenos Aires, 2004.)

Los hechos se desencadenan e impulsan decisiones, algo o alguien parecen decidir para o por cada sujeto; en este caso, el “compañero” detenido desaparecido envía un mensaje desde el lugar en el que estaba secuestrado, y esto opera como una “autorización” para salir, para abandonar la militancia en el país y viajar al exterior. En otros de los relatos, son los padres lo que inciden en la decisión. El lugar de los padres es relevante en los relatos y en algunos casos funcionan como ese soporte para un pasaje que hasta ese momento no habían realizado solos. La adolescencia de los sujetos se

¹⁰ Escuela de Mecánica de la Armada, dependiente de la Marina Argentina. Fue un centro de detención ilegal, de tortura, cautiverio y eliminación de opositores políticos.

observa en la centralidad de la intervención de los padres para la decisión de la salida del país.¹¹ La idea de lograr algún tipo de autorización parece significativa, ante las dudas que arreciaban a los militantes y activistas políticos, la mirada que les devolvían sus propios compañeros les impedían o refrenaban muchas veces el impulso, la intuición o la convicción de la necesidad de ponerse a salvo o incluso de percibir la escala de la represión en curso, la derrota inminente y la tragedia por venir. Esa mirada, construida al calor de las actividades militantes en las escuelas, en los barrios y en las universidades, a través de las tramas de las relaciones intersubjetivas, del afecto, la amistad y el amor, los ideales compartidos, la común indignación ante las injusticias, los deseos de cambio, los miedos, desafíos y peligros vividos, esa mirada común se convertía en el más severo juez y vigilante para estos jóvenes. (Mirada que, tal vez, los haya perseguido durante el exilio y que seguramente, atenuada y transformada, ha de acompañarlos a muchos de ellos hasta la actualidad.) Mirada común, nervio del dispositivo militante, que tendrá su propio dispositivo específico de control y sanción como es el del “juicio revolucionario” antes mencionado.

Al preguntarle qué era la culpa para él, Miguel dice:

"La culpa era el haberte quebrado (...) estabas hecho mierda, habías hecho lo que se suponía que era lo peor que podías hacer, porque en ese momento no... yo creo que después empezó otra etapa cuando, en la que la gente salía ya donde lo piola era irse, o no lo piola, lo sano era irse, en la época que me fui yo (mediados de 1976) era como que... y estaba escapando..."

... me iba con culpa, sobre todo porque había gente que se quedaba y los que se quedaban, seguramente muchos de los que se quedaban decían que había que quedarse, mas allá de que después uno pudo entender que muchos de los que se quedaban no podían irse, todos. Fue un proceso, después uno pudo entender que alguna gente se quería ir y no se fue porque no podía".
(Entrevista a Miguel O., Buenos Aires, 2006.)

La salida de Miguel se produce a mediados de 1976; aun en ese contexto de plena represión, en el que las desapariciones y muertes de militantes arreciaban, insiste en la idea de la culpa referenciada en la mirada de los compañeros que se quedan y describe lo que va a ser un cambio en las percepciones de lo que ocurría y de las opciones personales y políticas. Lo que era vergonzante comienza a ser “razonable”, dando lugar a diversos procesos individuales, en pequeños grupos más o menos críticos en los que comienza a ser posible empezar a pensar, como si esa

¹¹ Es posible observar cómo las distintas posiciones que fueron tomando son motivo de recuerdo y en algunos casos de un cierto reclamo retrospectivo.

actividad hubiera estado afectada, eclipsada, por las presiones emocionales del compromiso militante.

Cuando la “Organización” ha dejado de cumplir una función “total”, en una etapa de reflujo de los movimientos sociales (Rovira, 1982),¹² la autonomía recuperada conlleva soledad para el sujeto, y los pares –si no forman un grupo cerrado- comienzan a actuar como una referencia horizontal abierta y relativamente diversa. A diferencia de la familia y de la “Organización”, los pares pueden funcionar como un espacio de intercambio identificatorio. La función de los pares en el interior de las organizaciones -llegado a determinado punto de responsabilidad militante y cierto momento histórico en el que se produjo una aceleración de los tiempos de compromiso político militar- comenzaba a estar mediatizada por el funcionamiento jerarquizado y militarista, restringiendo las posibilidades y potenciales de un intercambio horizontal.

Siguiendo estas coordenadas, el exilio permitiría una mayor singularización en el afrontamiento de la nueva experiencia; la ruptura del cerco institucional habilita la activación de procesos singulares, proceso que no carece de riesgos ni de dificultades.

La pérdida en cuestión toma las formas de la pérdida de sentido a partir de lo que se lee como el advenimiento de una derrota. Cada sujeto ha de encarar esa pérdida de sentido en tanto sujeto político.

Otro fragmento del relato de Ana:

... No sé lo que pensaba pero... en todo caso sentía dolor de eso, no sé si pensaba o qué pensaba, dónde estaban o cómo, o qué pasaba. Yo no había vivido la violencia en carne propia, pero yo había sentido lo que era la violencia de esa gente, de alguna manera podía percibir la violencia. Por supuesto no tengo la suficiente imaginación para imaginarme las cosas que podían ellos imaginar... y siempre me siguieron sorprendiendo el grado de imaginación de esos tipos 'tan creativos'".
(Entrevista a Ana H., Buenos Aires, 2004.)

¹² Se trata de un estudio que describe lo que denomina psicología social del flujo de los movimientos sociales, que toma como marco conceptual la psicología social y aportes del psicoanálisis y se propone describir y analizar el flujo y reflujo de las manifestaciones de masas y los comportamientos colectivos y de los movimientos de masas orientados al cambio social. Tomando como base la experiencia latinoamericana de los años setenta, sobre todo el análisis del proceso chileno, y aunque desde nuestra perspectiva se propone como una tentativa de explicación totalizante y de construcción de tipologías para la comprensión del marco psicosocial del exilio y los efectos psicológicos de la represión, es esclarecedor cuando señala cómo en los períodos de ascenso de los movimientos sociales se produce una idealización del grupo de pertenencia, la reafirmación y exaltación de los valores de la solidaridad, de desafío y de fuerza, el perfeccionamiento del sí mismo y la adhesión a la disciplina y a la fuerza de la organización, en el marco de una utopía sociopolítica movilizadora. Y, por el contrario, la psicología social del reflujo de los movimientos sociales describe cómo un marco de represión y terror implica para los sujetos el miedo a la acción sociopolítica, el repliegue individual, la pérdida de la identidad colectiva, la percepción de la imposibilidad de modificación de la realidad, que conllevan una pérdida de interés en esa realidad.

También el cuerpo aparece como sufriendo los efectos de la acción, según la interpretación de Gabriel, acción con o sin temblor, la acción del sujeto o la de otros.

"... pero viste que la sensación de miedo, tuve mucho miedo en ese momento, tuve miedo pero uno vivió situaciones de riesgo muy grandes sin sentirlo, pero bajo amenazas potenciales... yo fui a buscar a C a Tucumán que había desaparecido, fui con la madre, con una coartada. (Tucumán) ocupada con los milicos, una cita que podía haber estado cantada, y uno hacía cosas y las hacía, no las hacía temblando... (Silencio) y en ese período tuve un neumotórax, son bastante genéticos, por una falla genética se te colapsa un pulmón pero eso fue en el secundario, lo habían secuestrado a mi primo, unos pibes en el mismo colegio... no lo secuestraron... lo apretaron en un baño, se lo llevaron y después lo largaron... y ahí hice un neumotórax. Creo que el cuerpo..., uno hacía como una somatización de ese tipo, física..."

(Entrevista a Gabriel Sh., Buenos Aires, 2005.)

Al preguntarle a Miguel si había pensado en dejar el país anteriormente a una conversación con su padre en el que éste le plantea su responsabilidad sobre los riesgos que le trasladaba a su familia, recuerda algunas charlas con sus compañeros en las que barajaban la idea de irse, acto seguido recuerda que en ese momento hacía muy poco tiempo había tenido una cirugía en su cara y sus temores se habían concentrado en fantasías en las que, siendo detenido, era torturado y golpeado en esa zona de su cuerpo.

"... una de las cosas que más me preocupaba era que tenía muy sensible toda esta zona del hueso de la nariz y una de las cosas que me atormentaba era que si me agarraban me iban a dar 'hostias' en la nariz... eso me tenía muy sensibilizado en el cuerpo, era la parte que más me preocupaba, la nariz..."

(Entrevista a Miguel O., Buenos Aires, 2006.)

El cuerpo como objeto a disposición de la crueldad del perseguidor. Anticipación, percepción de la violencia en juego. Anticipaciones al poder sobre los cuerpos individuales y sobre el cuerpo social para someterlo, uniformarlo, desaparecerlo, tal como señala Calveiro al desmontar la lógica disciplinaria y de control social de los campos de concentración. Encontramos, en la descripción de la maquinaria represiva en el interior de los campos de concentración, un sentido de quiebre y quebrado definido. *Quebrar* al individuo, en la jerga de los represores, señala, es *romper* al militante anulando toda línea de fuga o resistencia, modelando un nuevo sujeto adecuado a la dinámica del campo y agrega, más adelante, ese quiebre era el producto máspreciado de la tortura (2000:60, 69). Que las palabras sean las mismas,

tanto para significar el abandono de una posición de lucha o la “flaqueza” en la actitud combativa en el interior de las organizaciones revolucionarias,¹³ como para expresar el sometimiento del sujeto –aunque nunca necesariamente total- en el campo de concentración en boca de los militares, nos abre un interrogante sobre ciertas dimensiones, representaciones y lógicas especulares entre las organizaciones revolucionarias y los represores.

Irse: “Seguir siendo uno”. “No ser nadie”.

(...) uno tenía claro que se iba pero no cambiaba no es que me fui, me olvidaba todo y creo que el conflicto era cómo seguir siendo uno, cómo seguir pensando, sintiendo lo que sentíamos o lo que queríamos como se manifestaba ahora en otro contexto, en otro país y creo que eso también generaba conflicto entre todos nosotros, seguramente nos peleábamos y cada uno lo vivía de otra forma, era como que recuerdo la culpa, era una mierda la culpa."

(Entrevista a Miguel O., Buenos Aires, 2006.)

Cómo irse y seguir “siendo uno” dice, seguir siendo el mismo, seguir pensando lo mismo que se venía pensando; el conflicto iniciaba su tensión, los cambios ya estaban en marcha, no renegar de sus ideas y de lo hecho, pero haber decidido ponerse a salvo lo llenaba de vergüenza y de culpa.

Del mismo modo que la expectativa de transformación personal implícita en la incorporación a las organizaciones guarda relación con los procesos vitales por los que transitaban los adolescentes, siendo una plataforma propicia para ello, los procesos subjetivos que se despliegan en el exilio, en tanto tiempo y espacio de crisis identitaria, pueden ser particularmente sensibles en el tiempo juvenil.

La nueva situación que traza el exilio, en la que deberá dejar atrás paisajes, personas, vida cotidiana y en muchos casos, parcial o totalmente, su sistema de creencias, le plantea al sujeto la necesidad de una nueva reconfiguración identitaria, constituyéndose en un tiempo decisivo y en marca subjetiva. Se constituye un duelo en ese proceso de diferenciación y separación de sus vínculos y la consiguiente actividad psíquica de desprendimiento de esos objetos catectizados.

¹³ Resulta significativo el hallazgo de Margarita del Olmo (2005:4) quien escucha en los relatos de sus entrevistados una insistencia de esta palabra que reorienta su trabajo y de la que inicialmente ignoraba su campo de sentido específico.

Cómo “seguir siendo uno” condensa la doble fractura de desvincularse del “nosotros”, enfrentar la mirada común, y aún sus dispositivos de crítica y sanción y ponerse a salvo. Autorizarse de alguna manera, encontrar los argumentos o las señales que lo justifiquen, o sencillamente responder al impulso o aceptar, de diversos modos, la demanda parental. Los relatos sitúan el “irse” en un tiempo de incertidumbres y de urgencias, en el que los esbozos de proyectos se interrumpen, se detienen y congelan, se abandonan con todo lo que se deja. Allí la condición adolescente demuestra tal vez más claramente su presencia, la centralidad de los padres en las intervenciones y decisiones sobre la partida -pudimos observar la delicada situación que debieron afrontar muchos padres ante la situación de sus hijos e hijas, encrucijada singular y extremadamente compleja-. La reposición de esa centralidad –aunque sea acotada o parcial- marca un corte para los sujetos, un desvío de esa “vida plena” que los convocaba y comprometía en la acción transformadora del mundo. Un desvío que, no sin resistencias, paradójicamente los libera de la tensión, de la angustiante ambivalencia que describen. Seguir “siendo uno” será el extraño desafío que allí emerge, ilusión del sujeto que percibe el estallido de las múltiples identificaciones que lo configuran en un tiempo en el que fluidez e inestabilidad resultan amenazantes, identidad asediada por el acontecimiento de la ruptura y la partida, conmoción del sujeto, retorno parcial al ámbito familiar. El exilio redoblará la intensidad de su interrogación.

Llegar al nuevo territorio instauro esa tensión entre origen e identidad que los relatos despliegan. Si se acerca al nuevo entorno, se aleja de lo que fue y la constituyó, ser otro, cambiar, si no se aproxima y se relaciona con su nuevo entorno peligra en algo su sobrevivencia; éstas son algunas de las tensiones que debe resolver el exiliado; en ese sentido, los grupos de exiliados pueden funcionar como una “zona-solución de compromiso” para sostenerse y sostener sin resolución definida mientras se tramita internamente esa tensión.

Miguel es elocuente en sus reflexiones sobre ser extranjero.

"El ser extranjero, llegar a un lugar, tener que empezar a vivir en un lugar de cero, sin conocer a nadie, sin entender el idioma sin... , yo me acuerdo, que un amigo había dicho... que el problema era que cuando nos fuimos habíamos perdido el carnet de piola, o sea, que cada uno tenía un carnet de piola que nos íbamos mostrando unos a otros, una cosa así, cuando llegás a un lugar tu carnet de piola no te sirve porque no conocés a nadie, no sos nadie..."

(Entrevista a Miguel O., Buenos Aires, 2006.)

“No sos nadie” apunta a esa ausencia de trama intersubjetiva en la cual reconocerse, y ser reconocido, que amenaza al sujeto, la extranjería; una vez perdidas las contraseñas y las claves, los anclajes identificatorios, parece ser un aparente punto cero del sujeto. Tener que empezar es trabajo psíquico, esfuerzo subjetivo para conquistar un nuevo “carnet”, para ser aceptado y reconocido por los otros. *Seguir siendo uno y no ser nadie*, expresan bien el tenor de las demandas en juego en el que se reconfiguran las identidades.

Federico, cuenta de sus primeros tiempos en Londres al que llegó directamente desde la cárcel de Villa Devoto.

"... era un desastre, debía de haber estudiado más inglés, pero volvía de la Universidad y me quedaba dormido. Era un desastre, hablaba inglés con un tono... Me acuerdo que me pidieron los papeles, cuando vieron mi conocimiento de Física les di las notas de Educación Física que eran 10, 8 y bueno me dejaron entrar..."

(Entrevista a Federico A., Buenos Aires, 2004.)

El idioma no lo ayudaba en sus primeros pasos para su nuevo estudio. La lengua perdida del desterrado, la lengua como casa y mundo perdido (Rella, 2005), aun si esa lengua es similar a la que hablaba en su tierra, podrá ser el recuerdo lacerante de aquello perdido. Abrirse camino en los nuevos lugares en muchos casos significó orquestar pequeños engaños, falsificaciones de documentos y papeles para conseguir trabajos, papeles de residencia o convalidación de estudios; ilegalidades como el pequeño contrabando de bisutería o de ropas para vender en calles, subterráneos o mercados, de modo furtivo e ilegal, o las argucias que realizaban para lograr comunicarse por teléfono -sin pagar- con sus familias.¹⁴ Ilegalidad, clandestinidad y trasgresión formaban parte de las condiciones de la vida de la mayoría de los militantes antes de abandonar su país y se encontraron, al llegar a los nuevos lugares de tránsito o residencia, con situaciones similares en las que debían cuidarse de la policía o realizar actividades ilegales para garantizar la supervivencia.¹⁵ La tensión entre supervivencia e identidad genera algunas

¹⁴ Ver texto de D. K. en *Los chicos del exilio. Argentina (1975-1984)* (2002:146).

¹⁵ No es un tema menor indagar ese borde y los desbordes de ese filo en el que circularon muchos exiliados que, según las condiciones del país de acogida, se encontraban con mayores o menores posibilidades de inserción e integración. Respecto de estos desbordes, se abre allí un capítulo de una densidad e intensidad significativa, ya que la vida marginal que las condiciones de acogida imponían a gran parte de los exiliados en algunos países predisponía a ahondar conductas ilegales. Los relatos coinciden en que inicialmente se buscaba trabajo en el circuito formal (aquí también jugaban la edad, el nivel de formación y profesión adquirido); cuanto más bajo el nivel de formación y especialización,

de las paradojas de la vida cotidiana en el exilio. Para ser reconocidos legalmente, deben en ciertas oportunidades producir sus propios antecedentes de manera de que sean aceptados para permanecer o residir –permisos de permanencia y residencia- y no ser expulsados a su país de origen o a un tercer país, inventar historias, recursos de los que no disponían, acreditaciones inexistentes, oficios supuestos, fueron modos de ser alguien al llegar, modos resistentes de forjar una identidad para poder hacer pie en el nuevo territorio.

En la reconstrucción de determinados recuerdos ((Entrevista a Ana H.) aparece la conexión de la sensación de hambre con la experiencia de la anterior generación perseguida. La relevancia del cuerpo, ya referida, nos puede conducir a identificaciones latentes con la historia de persecuciones, hambre y exilio presentes a través de la transmisión intergeneracional, historia de la familia, historias de sobrevivientes. Al mismo tiempo, el hambre nos sugiere la imposición del orden de las necesidades primarias como una suerte de defensa ante el impacto y la conmoción subjetiva. En otros testimonios,¹⁶ el exceso en el dormir, en el comer, aparece rememorado y subrayado como un rasgo significativo en la vida cotidiana, sobre todo en los períodos iniciales del destierro. A la manera de una suerte de regresión, de repliegue a lo elemental que permite subsistir, suspender, sobrevivir, canalizar las ansiedades y tensiones que atraviesan los sujetos en situaciones de alto impacto psíquico. Un cuerpo que se ofrece para tramitar la violencia de los acontecimientos, un cuerpo que se rompe, que envejece aceleradamente.¹⁷

menos posibilidades de inserción en el circuito formal, en el que el problema de los papeles en regla por la condición de extranjeros era fundamental; ante los avatares y estafas de esa búsqueda laboral, se recurría a las actividades autónomas, la venta ambulante fue una de las que en España, por ejemplo, permitió sobrevivir a centenares de exiliados. No podemos dejar de mencionar que estas condiciones probablemente favorecieron historias marcadas por la marginalidad y que en muchos casos derivó en situaciones existenciales complejas de grave deterioro personal.

¹⁶ Testimonio de B. R., *Los chicos del exilio. Argentina (1975-1984)* (2002: 101).

¹⁷ “... logré romperme un pie en un salto en danza, 'algo había que hacer', entonces me enyesaron, me quedé en la cama hasta que me enyesaron y casi, casi, estaba contento de haberme roto el pie y de poder estar en cama, que mi tía se ocupara de mí”; “cuando Ch. me dijo eso yo tenía 18 años y la cabeza cortada en 20”; “Me pasó también algo en lo físico. A los 21 años... (...) empecé a perder el pelo y a tener problemas graves de encías. Empecé a envejecer de verdad y, en pocos meses, perdí como tres años de golpe. A mí, antes la gente me decía que parecía tener 18 años y, de golpe, empezaron a darme 23 o 24”. (Testimonio de D. T., *Ibíd.*, 2002:65, 66; 75.)

Un cuerpo “escapado” es un cuerpo desestabilizado en el que se ha roto su equilibrio inestable, un cuerpo desenfocado, un ataque al cuerpo, indudablemente, ni tan directo, ni tan descarnado como son la tortura física y psicológica, el aislamiento y la prisión, aunque capaz de afectar la identidad de un sujeto.

Son las pérdidas las que organizan la vida del sujeto por cierto tiempo, su vida cotidiana tiende a organizarse desde ese centro.

“... de repente había perdido todo”; “yo sentía que mi vida se partía”; “toparse con un vacío tras otro”; “Dejé todo.”; “Me partió el alma. Lo que más me dolió fue dejar esa primera novia.”¹⁸

Efectos que se desencadenan velozmente, violencia, sentimientos de indefensión. Esta secuencia parece indicar que los dolores, sufrimientos subjetivos y eventuales patologías producen aislamiento y repliegue sobre sí mismo.

Cuerpo y palabra silenciados, aislamiento, desligazón y ruptura; experiencias realizadas en varios países que recibían refugiados y exiliados ¹⁹ pensaron las prácticas de producción de lazo social como “cuidadoras” y terapéuticas para acompañar los procesos de migración forzada.

... yo siempre me sentía como un corredor, como un tipo que corría que se le rompe un tobillo o una rodilla y no podía correr..., yo me veía así, y no era lo mismo, pero era como un rengo, me habían puesto afuera del partido. Estaba fuera de la carrera, pero bueno, yo desde el exterior podía ayudar gente. ”
(Entrevista a Federico A., Buenos Aires, 2004.)

La sensación de pérdida puesta en el cuerpo como “rotura” denota la impotencia sentida, la metáfora deportiva que usa Federico es clara respecto de la expulsión en juego, del estar fuera del país y –parcialmente- de la actividad política. Su negativa a regresar a la Argentina ante la propuesta del Partido lo ponía fuera de juego y más lejos del “Partido”. Podemos añadir que precisamente el deporte, para nuestro entrevistado, según transmite en otro fragmento de su relato, fue central durante toda su vida en Londres en términos de actividad placentera y vehículo de integración social.

¹⁸ Extractado de varios testimonios, ob. citada (2002: 132; 57; 113; 93).

¹⁹ “Problemas psicosociales y métodos de trabajo psicosocial en el exilio”, en COLAT, *Psicopatología de la tortura y el exilio* (1982).

La extrañeza de la nueva situación no se reduce al cambio de paisaje, de ritmo y exigencias de la vida cotidiana, ni al alejamiento sin certezas de pronto reencuentro con su entorno de relaciones cercanas. La extrañeza está íntimamente ligada a la conmoción sobre valores, principios, ideales que pretendían orientar la vida de los jóvenes militantes.

Al producirse el estado de exilio, el sujeto pasa a la a-historia, escribe Enrique de Rivas (1996) y habla de la relación negativa que el exiliado tiene con la historia en la medida en que es expulsado de ella, al menos de su propia historia, el lugar en el tiempo y en el espacio en el que, hasta el momento de producirse el exilio, se desarrolla ésta, su historia. Quedará expuesto a la incertidumbre, se enfrentará al desafío de la construcción de un programa, un proyecto y un sentido de la existencia en el exilio.

El recuerdo de ese extrañamiento es capaz de reavivar la percepción de lo siniestro de un tiempo distorsionado, un tiempo que se siente desierto, regulado acaso por lo primario, por momentos, casi regresivo. Un tiempo y un espacio sin historia, sin la confianza de las miradas conocidas. En el que un cuerpo “escapado”, cuerpo desestabilizado, cuerpo parcialmente roto, se siente fuera de juego.

Reinscribirse en la historia, entre otras cosas, implicaba aceptar lo incierto de la duración del destierro y asumir plenamente los peligros que todavía los acechaban en su país.

La aventura del exiliado es la constitución de otro orden subjetivo después del impacto y transformación abrupta de sus coordenadas y referencias fundamentales; la división que impone el exilio se significará de modos singulares, el establecimiento de ese “nuevo mundo del sujeto” puede tramarse bajo la tensión entre formas de restauración y de transformación a una nueva configuración.²⁰

A partir de lo relatado por los entrevistados, podemos pensar tres tiempos en los procesos de configuración identitaria que habrán atravesado los sujetos, como en una suerte de pasaje o tránsito, exilio de posiciones subjetivas iniciales. Del orden primario, familiar, señalamos las rupturas que requería la incorporación plena y comprometida a la militancia política revolucionaria, ruptura con ideales, normas y

²⁰ En los testimonios aparece la rememoración de cómo la diáspora facilitó y propició un cierto estallido de certezas, valores, rasgos de identidad, muchos de los cuales aparecían sostenidos en los grupos en los que militaban. Queda abierta la interrogación respecto de quienes mantuvieron su pertenencia militante durante todo el exilio o esa cosmovisión sin fisuras; la pregunta sobre una nueva experiencia que paradójicamente no hizo experiencia o, en todo caso, la pregunta es por los modos de afectación por ella.

costumbres, valores sociales, formas de vida cotidiana, en ocasiones ruptura de afectos, de proyectos, de expectativas compartidas. En los testimonios que tomamos para este estudio, ese tránsito tuvo su declive en sintonía con el proceso político y social, y probablemente con el aislamiento político y social de los grupos revolucionarios a los que pertenecían. La ruptura parcial o total con las coordenadas simbólicas de la militancia los enfrenta a una nueva configuración que implica procesos de desidentificación, duelo y elaboración de las pérdidas y situaciones de persecución vividas. De las narraciones se desprende cierta disolución de lo colectivo, hubo colectivo que fue disuelto antes de partir al exilio o poco después, es decir, segundo tiempo en el que predomina la gestión individual–familiar o en micro-grupos de pares ante las situaciones que debieron afrontar que incluye la decisión y acción de partir.

Un tercer tiempo de conmoción que afrontan los sujetos es el exilio, las pérdidas de proximidad con sus referentes afectivos familiares –que recobraron su significatividad-, la imposibilidad e incertidumbre respecto de la posibilidad de retorno al país, la intempestiva interrupción de su vida cotidiana, la pérdida del medio ambiente -espacios catectizados en la historia del sujeto-, la clausura abrupta de las distintas inserciones sociales y de los proyectos de vida en conformación. Desde esa situación subjetiva debieron afrontar las exigencias de la inserción y establecimiento en los nuevos contextos.

Referencias bibliográficas

Borgna, E., “La patria perdida en la Lebenswelt psicótica”, en Rev. *Archipiélago* N° 26-27, mayo 1996, Barcelona.

Bufano, S., “La vida plena”, *Lucha armada*, Año 1, N° 1, Buenos Aires, diciembre de 2003.

Casullo, N., “Fragmentos de Memoria, la transmisión cancelada”, en Guelerman, Sergio (comp.), *Memorias en presente. Identidad y transmisión en la Argentina posgenocidio*, Norma, Buenos Aires, 2001.

Cattaruzza, A., “El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta”, *Entrepasados*, Año VI, N° 13, *Revista de Historia*, Buenos Aires, 1997.

Calveiro, P., *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Colihue, Buenos Aires (1998), 2004.

Calveiro, P., *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Norma, Buenos Aires, 2005.

Del Olmo, M., “Remiendos de utopía. Los relatos de los exiliados argentinos en España durante la dictadura militar”, *X° Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005.

Dolto, F., *La causa de los adolescentes*, Seix Barral, Barcelona, 1990.

Esposito, R., *Biopolítica y filosofía*, Grama ediciones, Buenos Aires, 2006.

Freud, S., *Duelo y melancolía*, (1917), en *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Tomo II, Madrid, 1974.

Frigerio, G., “La identidad es el otro nombre de la alteridad”, en Frigerio, G.; Diker, G., *Una ética en el trabajo con niños y adolescentes*, colección Ensayos y Experiencias, co-edición cem – Noveduc, Buenos Aires, 2004.

Foucault, M., *Microfísica del poder*, Ed. de la Piqueta, Madrid, 1992.

Guelar, D.; Jarach, V.; Ruiz, B., *Los chicos del exilio. Argentina (1975-1984)*, Ediciones del País de nomeolvides, Buenos Aires, 2002.

Muñoz Molina, A., *Sefarad*, Alfaguara, Madrid, 2001.

Paéz Rovira, D., “Psicología social del flujo y reflujo de los movimientos sociales”, en *COLAT. Psicopatología de la tortura y el exilio*, Fundamentos, Madrid, 1982.

Rella, F., “El último exilio”, *Confines* N° 17, FCE, Buenos Aires, diciembre de 2005.

Rivas, E. de, “Tiempo y espacio del exilio”, en revista *Archipiélago* 26-27, Barcelona, 1996.

Robles, A., *Perejiles, los otros Montoneros*, Colihue, Buenos Aires, 2004.